

Presentación

La indagación de los grupos sociales estuvo siempre en el centro de las preocupaciones de la historia social, aunque las perspectivas teóricas y metodológicas que orientaron los estudios sobre la temática cambiaron mucho desde la segunda posguerra mundial hasta la actualidad.

La historia social hegemónica hasta los '70 emergió como una historia económico-social, en la cual la estructura social era concebida a la manera de un sistema de relaciones cuasi institucionalizadas entre los diversos protagonistas de la vida económica, definidos por su papel en los procesos de producción, intercambio y acumulación. Parecía existir una continuidad entre la descripción de las propiedades sociales de un conjunto de personas, su función y su existencia como grupo. Así, se tenía una visión esencialista de los grupos sociales, que eran vistos a la manera de entidades naturales. Por tanto, como expresa Jacques Revel, se operaba una suerte de empobrecimiento de lo social.¹

A partir de los años '70, en el marco de los grandes y profundos deslizamientos experimentados por la disciplina histórica en su conjunto, la historia social rechazó la concepción esencialista de los grupos sociales. La historia social comenzó a plantearse, de distintas maneras, que los grupos sociales no eran un dato de la realidad histórico-social sino el resultado contingente de un proceso social activo y complejo de construcción histórica, donde interactuaban variables sociales, culturales, económicas, organizativas, etc. Los grupos sociales y las identidades en las que ellos se fundan son un producto histórico contingente, resultado de prácticas sociales y culturales concretas y cambiantes. No se trata de negar el peso de las estructuras sociales y económicas, lo que se pretende es alcanzar las interacciones entre los individuos y los múltiples contextos sociales en los que se hallan inmersos. Las estrategias para delinear los grupos en el espacio social deben partir de la plurideterminación identitaria de todo individuo: los criterios de identidad y deslinde no son sólo los anclajes estructurales, sino también las dimensiones subjetivas, los factores culturales, las diferencias étnicas, las cuestiones de género, entre otros.

Las tendencias recientes en la historia social sostienen el carácter activo y reflexivo de la conducta humana, que condujo a "volver a prestar una atención particular a la sociedad y a analizar ésta como una categoría de la práctica social."² Por esto, la historia social

¹ Jacques REVEL, "L'institution et le social", Bernard LEPETIT (dir.), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995, p. 70.

² Bernard LEPETIT, "Histoire des pratiques, pratique de l'histoire", Bernard LEPETIT (dir.), *Les formes... cit.*, p. 13.

considera que en la indagación de la estratificación y los grupos sociales es lícito partir de un grupo humano entendido como categoría analítica, siempre y cuando luego se lo impregne de las relaciones sociales que contribuyen al nacimiento de los grupos como actores colectivos. En este marco, la noción de experiencia adquiere indiscutible centralidad, por el interés de los historiadores por aprehender cómo los hombres vivieron y pensaron los grandes procesos. Las tendencias recientes en la historia social revalorizan la experiencia de los actores - lo *cotidiano* de los historiadores alemanes, lo *vivido* de sus colegas italianos- frente al juego de las estructuras y la eficacia de los procesos sociales masivos, anónimos, inconscientes, que durante largo tiempo requirieron la atención. El objetivo es explorar los fenómenos histórico-sociales en sus *dimensiones experienciales y subjetivas*. No se puede más rendir cuenta de la industrialización, la modernización, la urbanización, la institucionalización estatal o aun la movilidad geográfica o social como fenómenos englobantes que impondrían su lógica propia a los comportamientos de los individuos y grupos. Este reconocimiento acarreo un deslizamiento de la interrogación histórica desde las categorías *macro* a una lógica *micro* de la descripción minuciosa, donde la atención se focaliza en los espacios de lo cotidiano y lo vivido por los sujetos históricos. En este sentido, la *Alltagsgeschichte* alemana reprocha a la historia social precedente haber utilizado nociones macroteóricas de modo superficial y analizado los grandes procesos desde el exterior, soslayando preguntarse cómo las personas vivieron esos procesos, actuaron en ese marco y se adaptaron a las restricciones que imponían a la acción; de allí que esta corriente sostenga la necesidad de examinar los procesos globales desde la óptica de quienes los han vivido. El reconocimiento del carácter activo de la conducta humana condujo a que la ambición de la historia social sea acercarse a los fenómenos sociales desde la experiencia, los comportamientos y las representaciones de los actores.

Los avances de la historia social argentina dedicada a los grupos sociales son aún escasos, a tal punto que puede decirse que en este campo casi todo está aún por hacerse. La historiografía argentina reciente sobre los grupos sociales evidencia una escasa producción, con vacíos muy significativos. Aún más importante es que las innovadoras propuestas metodológicas e interpretativas que se postulan en la historiografía social internacional, y de las cuales pretenden hacerse eco muchos historiadores locales, no han encontrado todavía el suficiente correlato en su producción. En particular, se ha avanzado muy poco en el conocimiento del impacto concreto que los grandes procesos que jalaron la historia tuvieron sobre los grupos sociales, cuestión que es una de las preocupaciones centrales de la historia social contemporánea, que pretende ver a escala humana los procesos amplios que marcaron una etapa histórica, tras la búsqueda del *evasivo nexo*³ entre la experiencia de los actores y las permanencias y grandes mutaciones del pasado.

En este sentido, los artículos de este dossier, referido a los grupos sociales y la modernización argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX, aportan valiosos elementos para comenzar a acercarnos al conocimiento del impacto que ese gran proceso produjo en diversos grupos sociales, sobre la base de la indagación de las experiencias,

³ Olivier ZUNZ, "The synthesis of social change: Reflections on american social history", Olivier ZUNZ (ed.), *Reliving the past. The worlds of social history*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1985, p. 99.

las prácticas y las representaciones de los actores. Así, los trabajos de este dossier son un modesto aporte en el sentido de propiciar la escritura de una historia argentina más *humanizada* y *matizada*, que destaque la variedad y complejidad de las experiencias históricas de los distintos grupos sociales de la Argentina.

El amplio, complejo y multifacético proceso de modernización experimentado por la sociedad argentina entre fines del siglo XIX e inicios del siguiente involucró numerosas transformaciones mayores, entre ellas, la significativa y sostenida expansión de las fuerzas productivas, el despuntar y crecimiento de la producción industrial, cambios profundos en los transportes y las comunicaciones, un significativo aumento demográfico -vegetativo e inmigratorio-, una notable y veloz urbanización, la disminución del analfabetismo por el crecimiento de la oferta educativa, la expansión de los bienes culturales disponibles, la incorporación y difusión de nuevos patrones de comportamiento, la creciente institucionalización estatal y el establecimiento de un orden político-institucional estable.

En el marco de estos cambios, la modernización de entre siglos conllevó significativas permanencias y metamorfosis en la estratificación social y en el protagonismo de los diferentes grupos sociales y sus interrelaciones. En ese contexto móvil, fluctuante, por demás dinámico, uno de los problemas cruciales que atravesó el período fue el sitio que cada uno ocupaba en la sociedad. Además, la modernización incluyó un *proyecto civilizador*, concebido y acometido por las élites dirigentes, que intentó imponer en todos los sectores sociales la adopción de determinadas prácticas y ciertos valores. En buena medida, el mundo y todo lo que contenía se interpretaron en términos dicotómicos de *civilización-barbarie*. El *proyecto civilizador* implicó la renovación de la vida social y su complejización; no obstante, tropezó con la resistencia de los modos de vida y de pensar propios de unos sectores populares crecientes, muy heterogéneos y en transformación.

Los tres artículos del dossier examinan algunos aspectos del impacto del proceso de modernización en diversos grupos, focalizándose en los sectores populares masculinos de la ciudad de Córdoba, los indígenas argentinos y las élites de Buenos Aires.

El artículo de Luiz Felipe Viel Moreira, titulado "Os setores populares 'criollos' e 'gringos' em Córdoba de fins do século XIX e a construyto de uma nova ordem social", considera los diversos dispositivos de control social desplegados por las élites dominantes cordobesas, dirigidos sobre los sectores populares, orientados hacia la formación de la mano de obra y la modificación de la cultura vigente y presididos por una representación específica sobre lo que debía ser el trabajador ideal adecuado a los requerimientos del desarrollo capitalista de fines del siglo XIX e inicios del XX. Según el autor, en ese período tuvo lugar en Córdoba un proceso de organización de un orden capitalista que supuso la construcción de un nuevo orden social que tuvo uno de sus pilares fundamentales en la cuestión del trabajo. En este marco, se examinan los mecanismos de control social desplegados sobre los sectores populares. La heterogeneidad de éstos hace que al autor le parezca necesario concentrarse en las experiencias vividas por dos segmentos concretos de ellos: los nativos jornaleros y los inmigrantes extranjeros. Estos últimos eran vistos por las élites dirigentes como la encarnación del modelo deseado de

trabajador, a ser imitado por los sectores populares nativos; por su parte, los jornaleros criollos formaban el grueso de la fuerza de trabajo masculina de la ciudad de Córdoba hacia el cambio de siglo. Esta mano de obra no calificada, que sobrevivía en una permanente inestabilidad laboral y residencial, fue, según Viel Moreira, el destinatario prioritario de los mecanismos de control social pergeñados por las elites, presididos por una nueva ideología del trabajo y vehiculizados mediante la actuación represiva de la policía y del sistema judicial y la acción -más sutil, pedagógica y crítica- de la prensa, que propagaba, entre otras representaciones, una de carácter dicotómico que contraponía el par criollo-ocioso al par extranjero-trabajador.

Además, la contribución de Viel Moreira incursiona en el tratamiento de las relaciones entre los nativos y los extranjeros tal como fueron experimentadas por ellos cotidianamente en el mundo del trabajo urbano. A partir sobre todo de la explotación de fuentes judiciales, se destaca que la coexistencia de los trabajadores criollos con los inmigrantes extranjeros no siempre fue tan cordial y simpática como alguna vez supuso la historiografía, sino que también estuvo cruzada, a menudo, por el resentimiento, el desprecio y el rencor, corporizados, a veces, en la agresión física y, con más frecuencia, en actitudes cotidianas y más sutiles de discriminación como el insulto, la calumnia, etc.

Las representaciones de las elites dominantes del período sobre el *otro* están también presentes en el trabajo titulado "Entre lo reprimido y lo representable. La representación del sujeto aborígen en el período de constitución del Estado nación argentino, 1880-1920", de Laura Villegas. El eje alrededor del cual se estructura esta contribución es la cuestión de las representaciones del indígena argentino, parte integrante -aunque a menudo olvidada u ocultada- de los sectores populares nacionales. Entre otras cosas, la autora se interroga acerca de qué representaciones del otro-aborígen construyeron las elites del período y cuál fue su relación con el proceso de modernización. Para responder a dicho interrogante, se analiza el discurso de los textos escolares y libros de lectura de uso corriente en la época, concebido como discurso pedagógico oficial. La idea que subyace a este planteo es que la escuela opera, según la autora, como "instrumento oficial de construcción de imaginarios y disciplinamiento social" sobre los sujetos, entre ellos, los concebidos como propios de la modernidad; a su vez, los libros de lectura son concebidos como uno de los instrumentos más eficaces para vehicular esas representaciones sobre la sociedad y los grupos.

La posibilidad de representación de un sujeto social dependía del papel que se estimaba que el mismo debía desempeñar en la modernización. En este contexto, la diada atraso-progreso, bárbaro-civilizado operó como ordenadora de sentidos y el mundo se interpretó en esos términos dicotómicos. El indígena fue asociado clara e íntimamente al atraso, a lo bárbaro, a lo salvaje y fue concebido como un obstáculo para el ansiado progreso, la civilización, identificada con el sujeto moderno. Los indígenas fueron víctimas de una operación de exclusión simbólica que, según Villegas, configuró un tipo de representación específica de ese sujeto popular: un *sujeto no representable*, por tanto, *no representado*, y hasta *reprimido* -carente de existencia material y simbólica.

Las representaciones de los sujetos sociales son una variable significativa en el proceso de construcción de las identidades sociales. Como señala Luis A. Romero, "las imágenes recíprocas son un factor activo y hasta decisivo" en la construcción de las identidades y aquellas se constituyen "combinando experiencias y prejuicios, objetividad e ideología."⁴ A la vez, esas representaciones que los sujetos sociales tienen de sí mismos, de los otros y del sistema y la estratificación sociales son cruciales como guías de los comportamientos.

En este sentido, el artículo de Leandro Losada, titulado "Suntuosidad y respetabilidad. El estilo de vida y la imagen pública de la elite porteña en el cambio del siglo XIX al XX", examina la visión que la prensa tenía de la elite de la ciudad de Buenos Aires y sus comportamientos durante la modernización, que supuso una sensible movilidad social que puso en jaque a la estratificación social tal como existía hasta ese momento. Según Losada, las apreciaciones de la prensa sobre las prácticas de distinción social de la elite porteña desafiaron su legitimidad social como tal, porque aquellas se basaban en criterios formulados y difundidos en la época que definían qué era llevar una "vida respetable", criterios que estaban alejados de los sustentados por dicho grupo social; este último, mediante un particular estilo de vida, buscaba preservar su tradicional liderazgo social y cultural, amenazado por el ascenso de nuevos grupos, en una sociedad en profundo cambio. Por esto, la contribución no se limita a las apreciaciones de la prensa sobre las prácticas de la elite porteña sino que primero aborda, concretamente, cómo era el estilo de vida del grupo, examinando algunas de sus prácticas, aficiones y consumos distintivos.

Esta inquietud abreva en el interés que las ciencias sociales y la historia comenzaron a manifestar desde hace unas décadas por el consumo, por su reconocimiento como un espacio social decisivo para la construcción de los grupos sociales y la organización de sus diferencias. El consumo es un lugar de diferenciación social y distinción simbólica entre los grupos y, a la vez, un sistema de integración y comunicación, porque consumir es también intercambiar significados culturales y sociales.⁵ En un período de fuerte movilidad social como el de la modernización argentina de fines del siglo XIX e inicios del XX, donde cada uno buscaba su sitio dentro de la nueva sociedad en construcción, el consumo en sus diversas manifestaciones -como parte del estilo de vida- fue un territorio propicio para crear, marcar y exaltar las distancias que atravesaban el espacio social.

En este contexto, al cual se añadía el crecimiento del mercado de bienes -por la fuerte y sostenida expansión económica-, el estilo de vida de la elite porteña tradicional experimentó cambios sensibles que supusieron el desplazamiento de la austeridad, la prudencia y la simpleza acostumbradas y su sustitución por el lujo, el consumo suntuario, las pretensiones de refinamiento aristocrático y el cosmopolitismo. Según Losada, "la alta vida social porteña del novecientos se constituyó alrededor del uso ocioso del tiempo y del dinero"; a su vez, aquél representaba lo opuesto a lo que definiría el deber ser en la sociedad moderna, que debía basarse, entre otras cosas, en el culto al trabajo, la austeridad

⁴ Luis Alberto ROMERO, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile. 1840-1895*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 165.

⁵ Fernando J. REMEDI, *El consumo alimentario en la provincia de Córdoba 1870-1930*, Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Católica de Córdoba, 2005, t.I, p. 16.

y el empleo provechoso del tiempo. Por tanto, subraya Losada sobre la elite porteña, "si su distancia respecto del resto de la sociedad se acentuó a caballo de ese lujoso tren de vida, su entidad como grupo social de referencia también se fue atenuando progresivamente."

Finalmente, Losada destaca la pluralidad de retratos que pueden obtenerse de un mismo actor social a partir de los diversos campos en los cuales éste actúa; por ello, la importancia que le atribuye a la tarea de conjugar la multiplicidad de facetas que recubren a todo actor, de manera de restituirle complejidad a la experiencia de la elite porteña en la modernización. En efecto, es ilegítimo transpoliar acríticamente lógicas de comportamiento de un campo a otro, ignorando que cada uno de esos espacios tiene lógicas, objetivos, necesidades, etc. que le son propias. Además, las identidades sociales, fundamento de los grupos sociales, son un fenómeno plural, temporal y susceptible de adaptaciones en función de los contextos variables que envuelven a un individuo, de donde se desprende la necesidad de examinar las interacciones entre los sujetos y los múltiples contextos en los que están inmersos. El análisis debe orientarse, según Simona Cerutti, "hacia la articulación de la experiencia en los diferentes campos de la vida social y hacia la influencia de este encabestramiento de experiencias."⁶ En última instancia, se trata de revelar la dinámica interna que afecta a una estructura social, en vez de limitarse a su mera descripción.

Fernando J. Remedi

⁶ Simona CERUTTI, "Processus et expérience: individus, groupes et identités à Turin, au XVII^e siècle", Jacques REVEL (org.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard-Le Seuil, 1996, p. 173.